

PASIÓN POR LA BOTÁNICA

El jardín infinito de Eloíno Perdomo

El mundo de Eloíno se hizo tan grande como su inesperado vergel. Desde hace 40 años cuida con mimo y mucho trabajo los 2.000 tipos de cactus que crecen y se adueñan del rofe (picón) negro y rojo que rodea su casa de Mala

CONCHA DE GANZO

A veces la suerte, siempre arbitraria y juguetona, aparece en mitad

del camino y te hace un regalo que no esperas. Conocer a Eloíno Perdomo y poder recorrer de su mano y sin prisas el enorme jardín que

rodea su casa de Mala fue casi como caer por el agujero que llevó a Alicia hasta un particular mundo de las maravillas.

Eloíno nunca pensó en hacer una colección tan grande. Y casi como quien pide disculpas dice que esto se le ha ido de las manos:

"Yo sólo quería tener un pequeño jardín y ahora ya ve". Entonces levanta la vista y vuelve a quedarse ensimismado, observando con orgullo los 2.000 tipos distintos de cactus que dan la impresión de crecer a su antojo a lo largo y ancho de los 10.000 metros cuadrados que abarca su jardín.

Esta insuperable y al parecer infinita colección de cactáceas, de la familia de los cactus y de la que también forman parte los agaves, aloes y piteras, comenzó a fraguarse por casualidad. Su buen amigo Estanislao González, un apasionado de la flora lanzaroteña, y una de las personas que más trabajó en el Jardín de Cactus de Guatiza, le regaló unas semillas para que empezara su pequeña colección. Lo cuenta con detalle, acordándose del momento, del tipo de planta, una *Hertrichocereus benekii*, un cactus pequeño y robusto de tallo azulado, que puede modular su tonalidad hasta el color plata. Y que florece de noche, como una perspicaz luciérnaga en busca del insecto amigo que propaga sus semillas. Y desde entonces, su afán por conseguir una nueva especie parece no tener fin. Intercambia semillas con el botánico de Alcalá de Henares y no duda en pedir a empresas alemanas que le envíen nuevas remesas de algún cactus que ha visto en una enciclopedia y que no forma parte de su colección.

Su jardín se hizo tan grande, tan espectacular, que más de uno ha tratado de comprar su obra, y en algún momento llegó a dudar, pero al final, se nota que es tanta la pasión que siente por sus plantas que prefiere seguir trabajando las horas necesarias para mantener como se merece lo que él llama su colección. Hasta César Manrique le recomendó que no lo vendiera, su jardín no tenía precio. Lo que sí hace es vender al Jardín de Cactus de Guatiza los pequeños cactus que el centro turístico ofrece en pequeñas cajas a los turistas que pasan por allí.



Eloíno Perdomo pasa varias horas al día recorriendo su jardín, (●) M. J. CONSTÁN

PASIÓN POR LA BOTÁNICA

Las colecciones de especies vegetales como la de Eloíno Perdomo o el Jardín de Cactus de Guatiza son una referencia turística de Lanzarote

<<

Eloíno Perdomo Placeres nació en Mala el 29 de marzo de 1930. Como todos los lanzaroteños de esa época tuvo que hacer el bachillerato en el único instituto que existía en Arrecife, primero en el edificio de las Cuatro Esquinas y después en el nuevo Agustín Espinosa. De aquellos años recuerda sobre todo lo mal que lo pasó con las clases de latín: "Creí que no pasaba, fijate si acabé harto, que cuando me dieron la nota y vi que había aprobado, lo primero que hice fue llegar a mi casa y quemar todos los libros de latín, no quería saber nada de eso". Y ahora, años después, es capaz de decir sin el menor titubeo todos los difíciles nombres científicos de sus plantas como quien recita el abecedario.

Para cursar estudios superiores tiene que salir de la isla, primero se matricula en La Laguna, donde hace primero de Derecho, el resto de la carrera la termina en la Universidad de Santiago de Compostela. Regresa a su tierra y durante 31 años imparte clases de Legislación Marítima y de Humanidades en la Escuela de Pesca. También desempeñó las funciones de juez sustituto del Juzgado Comarcal de Arrecife. Eloíno siempre fue un profesor diferente, de esos especiales, capaz de pedir a sus alumnos que como mínimo tenían que leer una hora al día y pensar media: "La gente no piensa, si los políticos pensarán algo más, mejor nos iría a todos".

Junto a su hermano Alejandro, otro amante de las plantas y que ha descubierto varias especies endémicas de la isla, crea a finales de los sesenta una biblioteca en Mala. Ellos se encargan de donar la mayor parte de los libros. Incansable, siempre dispuesto a aprender algo más, desde que le llegó la jubilación, Eloíno ha decidido dedicarse de una manera intensa a su amor por los cactus, "a mi me parecen una maravilla, ver cómo luchan siempre por salir adelante, la naturaleza te puede enseñar tanto".

El viejo profesor sigue impartiendo clases magistrales. Deja al que escucha con la boca abierta, da la impresión de saberlo todo, de botánica, de filosofía, de la vida y de la gente que pasa tan rápido que no se da cuenta de lo importante que es detenerse. Como muestra, sólo hay que visitar su jardín, eso sí con tiempo, que a Eloíno no le gustan las prisas, y esperar a que su llamante memoria recuerde con detalle todas las especies de plantas que atesora en este su pequeño gran mundo y más allá.

Alrededor de su casa, como un enjambre variopinto de formas, tamaños, tonos y hasta pieles tiene plantas procedentes de las altas montañas de Machu Pichu, del desierto de México, de las islas Galápagos. Ejemplares que él cataloga, analiza y una vez más con la paciencia de un alquimista confía en que este año tal vez no sufran ningún ataque y puedan al fin florecer. Hay determinados cactus que pueden tardar años en alcanzar cierta

Su jardín se hizo tan espectacular, que más de uno ha tratado de comprar su obra, y aunque llegó a dudar, lo cuida todos los días

altura. Cuando el resto del mundo ya les hubiera dado por muertos, y hubieran renunciado a mantener en una pequeña maceta aquella semilla que no germina, él no. Eloíno abre una de sus libretas y se lanza en busca del historial detallado de la planta, hasta dar con la causa probable de este retraso.

En su ajetreado despacho, nada especial ni glamuroso, un pequeño cuarto en el que alguna vez fue el garaje de la vivienda, Eloíno Perdomo guarda bien envueltos en plástico para que no se llenen de polvo incontables libros de botánica. Llama la atención no sólo la pulcritud, el orden dentro del desorden, sino que muchas de estas publicaciones están escritas en inglés y también en japonés. Pensamos que además de profesor de Derecho hemos encontrado a un erudito capaz de hablar y escribir en varios idiomas, pero no. Dice que en español apenas se publican obras de divulgación interesantes: "Unas son tan elementales que no sirven de nada y otras son tan técnicas que no hay quien las entienda".

Pero en su afán por ampliar sus horizontes en el complicado mundo de la botánica no ha dudado en solicitar publicaciones a librerías inglesas, "y sin hablar una palabra de inglés ni de japonés que esos publican mucho sobre este tipo de plantas". Conversar con Eloíno Perdomo fue una suerte y un hallazgo. Cae la tarde sobre Mala y él sigue entretenido entre la variedad de especies de su jardín. Hay ejemplares que pueden tener 40 años, y cuando lo cuenta, sonríe, como si una vez más le viniera a la cabeza el momento en el que puso la semilla en una maceta y espero lo necesario hasta que la planta decidió hacerse grande en su interminable jardín.



Una vida en dos viejas libretas

C. D. G.

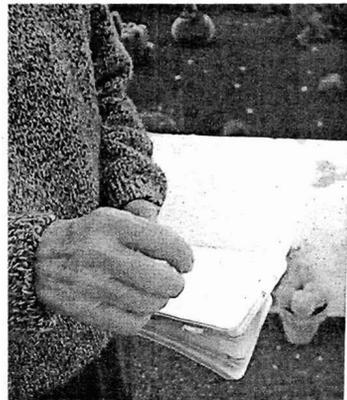
Casi como un padre que vigila a sus hijos. Eloíno Perdomo sabe perfectamente el nombre, las circunstancias y el lugar exacto en el que se encuentran cada una de sus plantas. En el suelo junto a cada cactus aparece un pequeño callao con un número. Una cifra que él copia en una de sus dos libretas, dos cuadernos viejos, por el uso, uno de tapa azul y otro marrón, y allí junto al número no sólo aparece su nombre científico, sino su situación, su estado, si la planta está enferma, si necesita que la limpie, si la ha atacado algún

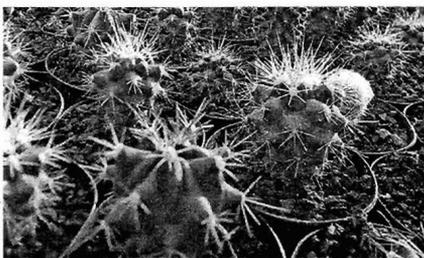
tipo de insecto. Y este trabajo metódico, de alquimista lo lleva haciendo desde hace 40 años. Dice que si alguna vez perdiera alguna de esas libretas, perdería media vida o tal vez más. Es la mejor manera que encontró para poner orden en ese entramado de dragos, pterias, cactus, cardones y demás especies.

Aunque no para de repetir que su colección es demasiado grande, al instante termina por reconocer que en realidad de cada una de las especies debería tener tres ejemplares, sobre todo por si alguna se muere, o se pone mala. Después vuelve a le-

vantar la vista, contempla el panorama y con orgullo destaca: "Tengo más plantas que algunos jardines botánicos de América Latina".

Sobre la labor incansable de Perdomo se ha hecho un trabajo de fin de máster y sus plantas han salido en publicaciones, como en la *Enciclopedia Ilustrada*, de Antonio Gómez Sánchez. Cada vez que un turista aparece delante de su casa, a él no le importa enseñarle su colección, sobre todo aprovecha para pedirle que le traduzcan términos en inglés o en alemán que aparecen en los libros de botánica.





Alguno de sus enormes cactus supera los 30 años.
(●) M. J. CONSTÁN

Delante del cardón gigante que crece delante de la casa.
(●) M. J. CONSTÁN

Con un palo revisa el cactus que puede tener cochinilla.
(●) M. J. CONSTÁN

Este ejemplar, conocido como caricia blanca, viene de Perú.
(●) M. J. CONSTÁN

Algunos ejemplares de cactus del jardín de Eloíno
(●) M. J. CONSTÁN

En sus dos libretas guarda los secretos de sus plantas.
(●) M. J. CONSTÁN

Con unas pinzas pásala revista a sus retoños.
(●) M. J. CONSTÁN



El Jardín de Eloíno ocupa una extensión de 10.000 metros.
(●) M. J. CONSTÁN

Eloíno Perdomo surte de plantas al Jardín de Cactus de Guatiza.
(●) PATRONATO TURISMO LANZAROTE

La mayor parte de sus ejemplares proceden de América.
(●) M. J. CONSTÁN

Abajo, esta planta se conoce popularmente como la serpiente.
(●) M. J. CONSTÁN



La última gran obra de César Manrique

C. DE GANZO

Lo paradójico del Jardín de Cactus de Guatiza es que fue la última gran obra de César Manrique en Lanzarote; la realidad es que este centro turístico estuvo en su imaginación desde el comienzo. Fue su primer gran sueño. Los orígenes de este espacio se remontan a la década de los setenta, cuando Manrique, en su afán por crear a partir del paisaje, fija su atención en la antigua roñera de Guatiza.

La hondonada del terreno producida por la continua extracción de áridos se había convertido en un vertedero. El artista logra que el Cabildo de Lanzarote adquiriera el terreno, amuralle el complejo y restaure el molino que corona el recinto. Sin embargo, debido a diversas vicisitudes, será necesario

esperar a los años 80 para que se culmine el proyecto. El Jardín de Cactus se inaugura en 1990.

Este centro representa un magnífico ejemplo de una intervención arquitectónica integrada en el paisaje. Dos de las personas que colaboraron de manera directa con el Jardín de Cactus fueron los hermanos Eloíno y Alejandro Perdomo que aportaron sus conocimientos de botánica y donaron numerosos ejemplares para la reforestación de la roñera.

Cuando muere Manrique, el Gobierno canario se plantea declarar la mayor parte de la obra del artista como Bien de Interés Cultural. Por segunda vez, la primera caducó, el Cabildo ha incoado expediente para declarar lo categoría de Jardín Histórico.

